

# PONZOÑA

DAVID LUNA LORENZO

VII PREMIO DE NOVELA DE TERROR  
CIUDAD DE UTRERA



Sandra, una joven okupa que convive con su pareja, un guitarrista callejero, comienza a sufrir insólitos desvaríos a partir del momento en que se queda embarazada. La sucesión de extraños fenómenos que acontecen a su alrededor, muy especialmente en mitad de la noche, alcanzan el paroxismo tras el nacimiento de Anita, hasta el punto de creer que una presencia ajena habita en su interior y que todos cuantos la rodean forman parte de un diabólico plan. ¿Y qué no haría una madre por salvar a su hija?

Lo sobrenatural y lo real se conjugan en esta pequeña obra maestra de uno de los escritores de género más prometedores de este país.

Un jurado integrado por Eduardo Vaquerizo, J. G. Mesa y Estefanía Abril Garrido, declaró por unanimidad a la presente obra *Ponzoña*, de David Luna, como merecedora del **VII Premio de Novela Corta de Terror “Ciudad de Utrera”** de 2019.

*El infierno está vacío y todos los demonios están  
aquí.*

WILLIAM SHAKESPEARE

## PONZOÑA

Me niego a matar a mi hija. ¿Por quién me tomas? ¿Acaso crees que estoy loca? Antes me suicidaría; sé cómo hacerlo de forma rápida e indolora. En mi adolescencia pensé mucho en ello, así que desarrollé varios sistemas sencillos, si es que sortear el instinto de conservación puede definirse como sencillo. Ella (mi hija) es más yo que yo misma, no sé si me entiendes. Sería lo último. Bueno, no sería lo último, directamente no va a ser. Así que deja de decirlo. Parece mentira que precisamente tú te muestres tan recalcitrante. Cortar por lo sano siempre es la última opción, o la opción que se toma cuando lo que está en juego carece de importancia. Piénsalo bien, imbécil, y no vuelvas a proponerlo. Jamás.

Que te den. Que te den mil veces.

\* \* \*

—Tómate la leche, vamos.

Anita juega con la miniatura de un avión de madera que trajo ayer del colegio. Hace ruiditos imitando pasadas rasantes; el Barón Rojo estaría más que orgulloso de ella.

—A este paso llegaremos tarde. ¡Todavía te quedan dos galletas!

Por un segundo deja de hacer los ruiditos y dice:

—Están malas.

—¿Las galletas?

La niña asiente mientras regresa a sus cabriolas aéreas.

Son galletas María, las de toda la vida, las que ofrecen en Cáritas. Alguna que otra vez llegan distintas, con nata, de las caras, pero en realidad son la misma mierda (o peor): bombas de azúcar y aceite de palma. Nos intoxican, nos envenenan, y mientras tanto sonreímos felices disfrutando del cianuro. Pero es que la ponzoña, la puta ponzoña, está deliciosa. Es una tentación más, de las que Dios nos pone delante subrepticamente para verificar nuestra valía. O tal vez sea Satán. Sí, mejor Satán.

–Pues déjalas y bébete la leche.

–Está mala también.

–¿También?

Tomo el vaso y lo coloco al contraluz. La leche se ha quedado fría y contiene restos de galletas, de toxinas.

–Pues, hala, coge la cartera, que nos vamos.

–¡Bien! –exclama, toda entusiasmo. Se baja de la silla de un brinco y corre hacia el salón, con sus dos coletas rubias agitándose a cada movimiento.

Mi madre dice que yo también era rubia de pequeña, pero no me convence. Hay fotos, joder, fotos de mi infancia. Y no soy rubia. En las de mi Comunión se ve perfectamente: mi pelo es castaño sucio. Oscuro. Oscuro como la muerte.

\* \* \*

Suena el móvil y, como cada vez que lo hace, me sobresalto. En la comuna de Uruguay no teníamos tecnología de ninguna clase; nos encontrábamos aislados del resto del mundo. Todo era paz, todo era...

¡Ya voy, maldita sea! ¿Dónde demonios está el chisme? Suena atenuado. Debajo de algún cojín, seguro. Justo. Y es quien sospechaba. Evidentemente. De hecho, esta anti-gualla me la regaló ella: un Samsung que en su día debió de ser un pepino y ahora no pasa de pepinillo. Me instaló

el Whatsapp y me contrató una cuenta muy básica, con los datos y los minutos justos. «Por si acaso me necesitas», dijo.

Y en la pantalla: MAMÁ.

–Qué quieres. –Me cargo la interrogación.

–Buenos días. –Su voz suena postiza, como parapetada tras una sonrisa de plástico.

–Qué quieres –repito.

Ahora estará pensando que dónde está la educación que tanto esfuerzo le costó darme. Y que dónde los estudios universitarios. Que ni siquiera me digno a saludar, lo primero es lo primero. Pero se lo calla aun a riesgo de generar un cáncer de garganta, y llega a darme pena. Por suerte, enseguida se me pasa. Estoy demasiado cansada, esta noche no he pegado ojo. Otra vez. Y es que los ruidos (los ronquidos) han vuelto.

–Pues qué voy a querer, hablar contigo un rato.

–Ya...

–¿Cómo estás?

–Bien.

–Te oigo un poco baja de ánimo. ¿Has vuelto a dormir mal?

–No, esta noche he dormido como un tronco –miento. Mi madre prefiere hacer como que me cree.

–¿Y la niña?

–Acabo de dejarla en el colegio.

–Estupendo. Que no se te olvide más, por favor. Recuerda que ya tienes una advertencia de los Servicios Sociales y si...

–¿Eso es todo? –le corto. Siempre la misma perorata.

Ella guarda silencio. Debe de estar mordiéndose la lengua. Lo que sea por que no le cuelgue de golpe. Lo detesta.

–¿Y el otro? –pregunta.

No logra disimular el veneno que destilan sus palabras. Tal vez tampoco lo pretenda.

–¿Qué otro? –Me hago la tonta. Que pronuncie su nombre. Que lo pronuncie.

–Eric –claudica tras un quedo suspiro.

–Trabajando.

–Eso es lo que hace falta. Que trabaje. –Una pausa–. Pero... Pero no será con la guitarra, ¿verdad?

–¿Con qué va a ser si no? Es guitarrista.

–Y yo santa Teresa de Jesús.

Clic. Cuelgo. Y disfruto del momento como si me descubriese sola en el universo. Es más, como si yo lo contuviera, a este y a muchos otros más. Los universos paralelos quedan para aquellos afortunados capaces de percibirlos; lástima de los pobres de espíritu a los que apenamos los pobres de cartera...

Y después de muchos días con cara de palo, sonrío, y crujo, y me duele.

\* \* \*

Le propino una patada con todas mis fuerzas, pero solo consigo hacerme daño, que mi zapatilla roída salga volando contra la pared y que Eric apenas alce una mano.

–Voy –masculla.

–¡Levanta de una vez!

La sábana se le enrolla como si de una boa constrictor se tratase y él ya hubiera perdido la batalla. En minutos, el ofidio desencajaría las fauces para engullir a su presa.

–Has vuelto a pasarte –le digo con gelidez.

Con lo poco que se cuida sorprende lo bien que se conserva. Supongo que todavía no ha comenzado su declive cronológico, pero aun así resulta excepcional. La luz que se cuele por el ventanuco se le distribuye por la espalda, confiriendo a su superficie un aspecto fibroso. Su melena negra, apelmazada vete tú a saber por qué, le deja al descubierto el rostro de mandíbula cuadrada, casi de

anuncio de colonia de esos que te cuentan el rollo en francés (*U-pug-om* y cosas así). Con todo, ya no siento ningún tipo de atracción por él. Sobre todo porque lo culpo: la pesadilla comenzó con su simiente.

Levanta la cabeza e intenta abrir los ojos sin éxito. De sus fosas nasales se deslizan sendos hilillos de sangre.

\* \* \*

«¡Puta! ¡Perroflauta!», me gritan desde detrás de un seto. Estoy acostumbrada. No me preocupa en absoluto. Les molesta que hayamos *okupado* un chalet cerca de su estu-  
penda urbanización. No quedamos bien de cara a las visitas. Pero no todo el mundo es así. Doña Julia, una viuda que vive con tres gatos ciegos (los recogió después de que un grupo de desgraciados se entretuviera disparando a los felinos con una escopeta de perdigones), me procura de cuando en cuando macarrones o arroz o leche o lo que se le ocurra. «Para la peque», dice siempre. Y Mauri, un joven izquierdoso que cree que comulgo con sus ideas por mis pintas, me pregunta si necesito algo cada vez que me ve. O mucho me equivoco o le pongo cachondo. En alguna que otra ocasión lo he pillado con la vista descendiendo a mi escote, o bien rezagándose para ver si salgo o no de mi cubil. Siempre me ha apasionado el lenguaje corporal, pero lo cierto es que resulta muy fácil comprender sus intenciones; los ojos presos en mi boca, la lengua regodeándose en sus labios.

Pobre diablo, desconoce que he renunciado a los placeres de la carne.

\* \* \*

Atravieso el bosquecillo con dos garrafas cargadas de agua hasta arriba. Tengo el tiempo y la distancia calcula-

dos. Sé que llego del tirón hasta la puerta de casa, donde ya puedo depositarlas en el suelo; los brazos me arderán durante unos minutos y las manos se me quedarán rojas. Pero disfruto del proceso. La gente me mira como si estuviera loca, tal vez desconozcan que carezco de agua corriente. Por otra parte, me siento libre, como si estuviera en un poblado africano, recorriendo el camino matinal por entre los árboles de la sabana. Cuando vivíamos en la comuna no íbamos a una fuente, sino a un riachuelo, y utilizábamos carretillas para acarrear los garrafones. Tiempos felices aquellos, cuando el demonio aún no había llegado a mi vida.

\* \* \*

Es posible que no lo hiciera muy inteligentemente. Lo de renunciar al sexo. Digamos que fui algo... radical. Compré una bolsa de hielo en la gasolinera y, tiritando primero de pavor y después de frío, me lo apliqué durante minutos en mis genitales hasta que dejé de sentirlos. Además, me administré una crema anestésiante que me recetaron durante una época en la que me dolían mucho las caderas. Luego tomé la aguja que había desinfectado con un mechero (al parecer no es este el mejor modo) y procedí a coserme la vagina. Tal cual.

El dolor me condujo a derramar lagrimones, apretar la mandíbula y a casi perder el conocimiento al final de la tarea. Reconozco que fue mala idea, pero el mensaje quedó meridianamente claro.

Por desgracia, a los dos días de aquella carnicería, tuvieron que ingresarme, presa de una terrible infección.

\* \* \*

Iba a decir que la pesadilla comenzó tras dar a luz, pero ya antes tuve indicios (por decirlo de algún modo) de que algo no marchaba con normalidad. Fue cuando mi tripón de siete meses y medio me hacía sentir extraordinariamente pesada en connivencia con el empuje gravitacional. Por entonces yo estaba feliz, ansiosa por que mi niña llegara al mundo. Habíamos adecentado la casa ajena para hacerla propia, y las brujas que habíamos visitado nos enseñaron los dientes podridos cuando sus labios se ple-gaban en sonrisas confiadas. «Será un bebé muy especial», venían a decir con diferentes palabras. Luego extendían an la mano, a la espera. «La voluntad».

Y en mitad de la noche (a las tres y treinta y tres, como siempre) comenzaron los retortijones. «Vaya, las náuseas a estas alturas son raras», me dije, pero es que ni siquiera eran náuseas, parecía más bien que mi cuerpo quisiera darse la vuelta y dejar los órganos por fuera, la piel por dentro.

Me senté en la cama, cubierta de sudor y con la respiración entrecortada.

–¿Qué pasa? –preguntó Eric sin siquiera abrir los ojos.

–No... No sé.

–¿Vas a parir ya? –Se le oía fastidiado, como si no hubiera escogido un buen momento.

–No, salvo que se pueda parir por la boca –Lo dije muy bajito, sabedora de que un vómito distinto se aproximaba inexorablemente...

–Joder, te dije que no te metieras mierda.

Se refería a los tiros de necroloto de unas horas antes, pero llegué a pensar que hablaba de sí mismo, de su polla. Aunque no fui yo quien se la metió; tan solo me la dejó meter. «Nunca más», me dije. Y así fue.

No llegué a la taza del váter, el pasillo era demasiado largo. Y se estrechaba a cada paso en dirección a la boca siempre abierta de la letrina. Mis hombros se atoraron en

las paredes, que me agarraban-succionaban-adherían. Solo cuando el cuajarón candente dispuesto a abandonar mi estómago (tanto como yo aquel pasillo) salió disparado entre babas y tropezones apestosos, los muros se apartaron de nuevo y me devolvieron el movimiento. Postrada de rodillas y con un acre sabor a oscuridad sacudiendo mis papilas gustativas, logré distinguir un bulto mucoso retorciéndose en el suelo. Con los ojos abiertos de par en par, intentaba comprender qué diablos era aquello que se contorsionaba en la penumbra. Eso... ¿había salido de mi interior?

–Madre mía –musitó Eric en el marco de la puerta, tras de mí.

El muy idiota intentaba encender la luz, pero el fraudulento enganche volvía a fallar y tuvimos que conformarnos con la mísera claridad que se colaba por las ventanas, procedente de un par de farolas distantes. Ahora que lo pienso, creo que fue lo más indicado. Así pudimos echarle la culpa a la imaginación, al juego de sombras, a los restos de drogas que recorrían todavía nuestros organismos.

Crac, un crujido de huevo que se rompe. De huevo de avestruz recubierto de flemas. Del interior de aquello emergieron cuatro gusanos peludos incapaces de detener las convulsiones. Sus pieles grises (¿y qué no es gris en la penumbra?) se desgarraron en aras de cuatro pares de patas poliarticuladas. Yo no pude más que echarme hacia atrás y, con la panza apuntando al techo, arrastrarme lo más lejos posible del espectáculo. Una araña yo también.

–¿Pero qué puta mierda es esa? –exclamó Eric tres tonos más agudos de lo acostumbrado.

Los bulbosos arácnidos desaparecieron raudos en diferentes direcciones y nos dejaron con las caras demudadas, auscultando la oscuridad inútilmente. Nunca los volveríamos a ver.

\* \* \*

La doctora se echó las manos a la cabeza.

–Pero ¿por qué te hiciste esto?

Sabía que el aspecto de mi vagina infectada era bastante desagradable; me la había examinado con ayuda del espejo del baño (uno que habíamos encontrado en un contenedor con un golpe en un esquinazo) antes de acudir a urgencias. Los dolores me recorrían el cuerpo de un modo traicionero, llegando a lugares que poco tenían que ver con mi entrepierna. Sudaba en abundancia y el mundo me daba vueltas por efecto de una fiebre imprecisa, pero que sin duda debía de ser alta.

Tuve que avisar a Eric, que llegó a regañadientes al servicio, sus pelos retorcidos en todas direcciones tras demasiadas horas encamado.

–¿Qué pasa? –murmuró cansado de mis voces.

–Mira –le respondí, abriéndome de piernas para él por última vez con el fin de que presenciara el desastre.

Dijo algo similar a la doctora:

–Pero ¿qué has hecho?

–Clausurarlo.

No sé si entendió todos los matices de lo que esto significaba, subyugado por el estropicio deforme, purpúreo y sanguinolento de mi bajo vientre.

–Hay que ir al médico –concluyó, preso del asombro.

Y allí dejamos a la niña, sola con cuatro meses. Pero ya sabía yo que no le iba a pasar nada. *Ella* es la amenaza.

\* \* \*

Decidimos buscar a los gusanos-araña (o arañas-gusano) que había expulsado de un modo imposible por la garganta. Eric no dejaba de decir: «Tú los viste como yo. Los viste».

–Las alucinaciones se contagian –alegué, intentando quitar hierro a un asunto férrico de arriba abajo.

Por supuesto, habíamos esperado a que se hiciera el día encerrados en el dormitorio; Eric con un bate de béisbol robado del Decathlon en las manos y sin quitar ojo a la rendija de la puerta, que era demasiado ancha e irregular. Uno más de los desperfectos que nunca fueron solventados, ya que las viviendas no llegaron a rematarse, víctimas de la crisis inmobiliaria. Hasta que salió el sol no nos atrevimos ni a pisar el suelo; nos dedicamos a afinar el oído por si percibíamos algo sospechoso.

El disco rayado:

–Tú los viste como yo. Los viste.

A Eric le brillaba el sudor en la frente como minúsculos ojos que le estuvieran emergiendo fruto de una mutación arácnida. Al fin y al cabo, yo había *parido* (decir vomitado no me acababa de convencer) a esos despreciables seres: él debía ser, pues, el padre. Y ahí lo vi claro: me utilizaba. Ese cabrón me utilizaba. Aunque, no lo niego, también me hacía dudar, se mostraba tan asustado...

Con la luz diurna, el asunto pareció sosearse, como si nos lo hubiéramos inventado todo. O tal vez se tratara de la necesidad de fumarnos algo potente o meternos algo de química. El caso es que descendimos de la cama al fin.

Cuando planté los pies en la alfombrilla tuve la sensación de que iba a recibir un mordisco envenenado. No sé si por disimulo, Eric alzó el bate ante la posibilidad de que se acercara alguno de los monstruos. De nuestros monstruos. De *mis* monstruos.

Avanzamos por el pasillo muy despacio, como a cámara lenta. Este había vuelto a estrecharse, aunque no tanto como en el momento en que esputé a las supuestas arañas-gusano. Ni rastro del huevo fragmentado, de los mocos. Tampoco le dimos mayor relevancia y nos dirigimos hacia donde los bichos habían desaparecido de nuestra vista. La futura habitación de la niña, el baño, la cocina y el salón nos aguardaban. Pero yo lo tuve claro, si a algún si-

tio se habían ido era a la habitación. La señalé y Eric asintió despacio. Miraríamos allí primero.

Fue simplemente acercarnos a la puerta y escuchar un roce, un rasguño escalofriante que, sin embargo, me resultaba familiar. Eric se atrevió a encabezar la expedición de busca y captura. Al fin y al cabo, él era parte del engaño, ¿no? Temblaba, el muy ladino. Allí ya no solo me influía la visión que habíamos tenido, sino el miedo que se había ido acumulando con las horas, por más que la luz lo hubiera dejado romo. La disgregación en capas de una realidad terrorífica.

–Vamos, abre –susurré con la garganta casi paralizada.

La mano de Eric se aferró a la manija con indecisión. En ese momento, me di cuenta de que yo no tenía nada con lo que atacar (o defenderme). Busqué en derredor y agarré una tabla suelta del suelo. Bendito desastre de casa.

Eric me miró con un velo sobre la vista y echó un ojo a mi tripa.

–Tú retírate y si se complica el asunto sales corriendo y...

–Llamemos a la poli –sugerí. Empezaba a dudar de su implicación, de todo.

–¿A la poli? ¿Estás idiota? Piensa con la cabeza.

Vale, éramos *okupas* y poseíamos estupefacientes, pero mejor que nos metieran un puro a morir enfrentándonos a unos seres inconcebibles surgidos de mis entrañas.

–Pues entonces plantaré cara a esos capullos peludos contigo. –Sonó amoroso, heroico, pero se trataba más de la necesidad de ver otra vez a los engendros. No estaba dispuesta a creer lo que me fuese a contar él. Sorpresivamente, Eric guardó silencio, concentrado tan solo en aquello que nos aguardaba al otro lado de la puerta. La abrió despacio, con un chirrido que nunca antes había escuchado. La luz se colaba en la habitación por la estrecha rendija que dejaba la persiana, suficiente para ver sin problemas la cuna de cuarta mano, un colchón colocado